



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN XXIII EN EL CINCUENTENARIO DEL DIARIO «L'ITALIA»*

Sala Clementina

Domingo 17 de junio de 1962

Queridos hijos. Una visión emocionada de antiguos recuerdos y de gozosas esperanzas caracteriza este regocijante encuentro. Al celebrar el cincuenta aniversario de la fundación del periódico milanés *L'Italia* habéis querido traer vuestro homenaje de devoción a la Cátedra de Pedro, templar vuestra fe junto a la tumba del Príncipe de los Apóstoles y renovar públicamente vuestra fidelidad a los principios que han inspirado y son el motor de vuestra actividad. Podéis imaginar el consuelo que experimentamos; consuelo que es ternura por el hecho de ver reunidos en conjunto, rodeando a su hermano milanés, a los demás periódicos católicos de Italia y *L'Osservatore Romano* —Nuestro periódico—, el periódico, deseamos decirlo, de la casa del Papa, ***Una historia de ardiente testimonio evangélico***. Mientras vuestro venerado y justamente querido por vosotros y por Nos, cardenal arzobispo, presentaba esta peregrinación expresando los comunes sentimientos, íbamos recordando la historia del periódico católico *L'Italia*. Esta, en realidad no comienza en 1912, sino que se remonta muchos años más atrás, hasta 1886, en que nació *La Liga Lombarda*, de monseñor Carlos Locatelli, por él fundada y continuada, no sin algunos matices políticos, pero en conjunto como una concreta posición de la Juventud Católica Masculina Ambrosiana, animosa y generosa; se remonta hasta 1907, en que este periódico se funde con el diario católico *L'Osservatore Cattolico* que había sido dirigido desde hacía treinta años por don David Albertario —hasta 1902, año de su muerte— para dar vida a *L'Unione*. Felipe Meda prodigó energías nobles y preciosas —¡oh nombres de don David y de Meda!, por citar únicamente a estos dos últimos—. Nombres de personas dignas de respeto y de perenne gratitud. La historia de aquellos años —en parte la tenemos ante Nuestros ojos— no ha sido aún escrita en su totalidad. Pero lo será. Y será para las futuras generaciones el relato heroico de un servicio que, acompañado de algunos defectos o exuberancias, llevaba consigo el estandarte del testimonio evangélico ardiente y fiel. De *L'Unione* nació, finalmente, *L'Italia*, el 24 de julio de 1912. Volviendo la mirada sobre vuestro grupo, deseamos saludar en vosotros a los continuadores de aquellas escuadras animosas de sacerdotes y de seglares que en una época preñada de sufrimientos e incomprensiones de aquí y allá, de luchas a veces ardientes, prepararon con sacrificio el terreno para la confirmación del nombre y de las energías católicas en la vida pública de Italia. Con el palpitar de fe de la gran familia de los lectores, esparcidos por la Lombardía y el Piamonte, vosotros Nos habéis traído la imagen viva y destacada de aquellos precursores, de quien heredasteis tan notable patrocinio. ***El Siervo de Dios, cardenal Ferrari, apóstol insigne de la prensa católica***. Estamos contemplando aquí presente a una luminosa y alta figura, santa e inolvidable, de insigne pastor de la Iglesia; más aún: la sentíamos escuchando vuestras palabras, señor cardenal

arzobispo de Milán: la figura de vuestro predecesor en la cátedra de los Santos Ambrosio y Carlos, el cardenal Andrés Ferrari. En 1912 él fue el animador del nuevo diario *L'Italia*, como lo fue en las demás empresas apostólicas de pensamiento y de acción de su tiempo. ¡Oh el cardenal Ferrari! Nosotros también conservamos vivo el recuerdo de su profunda sensibilidad y previsión, de su ansia por alcanzar en todo el justo equilibrio, de corresponder a las necesidades crecientes de las almas, de adoptar los métodos de acción pastoral a las enormes dificultades que el laicismo y la cacareada libertad en todo campo oponían al apostolado del clero y de los seglares. Él fue el que arregló las comprensibles disparidades en los puntos de vista que hacían presa de los periódicos de su tiempo; él fue el que dio unidad a la situación de la prensa en su archidiócesis, siendo ejemplar también en la implantación de un trabajo unitario. Los principios que animaron a los católicos milaneses, al dar vida a su diario, han permanecido inmutados en el curso de estos cincuenta años, fructificando abundantemente de la primitiva cepa robusta. Ciertamente, no han faltado pruebas de diversos géneros, en un período especialmente denso en acontecimientos históricos, en el que los católicos han sido llamados a un arduo deber de continua presencia y eficaz testimonio. He aquí, señor cardenal, bien resumidas las etapas, indicando el trabajo bien dirigido de orientación a los periodistas católicos en el tiempo presente. Queridos hijos. Es natural que a la luz que dimana de las figuras y consignas del pasado, recordando hoy el camino recorrido, deseéis escucharnos algunas reflexiones que os sirvan como de paternas indicaciones para reemprender, animosos, el buen camino. Y nuestras palabras estarán inspiradas en el periódico mismo, en su nombre, en su tarea y en su gran precepto. 1. El nombre ante todo, queridos hijos, que palpita en la cabecera del diario es expresión de un gran amor a la patria. Fue el cardenal Ferrari el que quiso darle este título, y es de subrayar esta voluntad de claridad, esta decisión firmemente mantenida, que venía a coronar su obra de equilibrada extensión. Ciertamente, *L'Unione* también sonaba bien, y significaba todo un programa, pero al querer como título *L'Italia* el cardenal ponía con un solo trazo al periódico su significado, su tarea a la luz de un amplio horizonte; que atrajese más extensos asentimientos, aún más allá de los confines de las organizaciones católicas, bajo el lema de un ideal común. En las encontradas pasiones de entonces, en el lento madurarse de una conciencia política en el laicado católico italiano, en las abiertas y ocultas aversiones suscitadas por quienes no pueden hacerse a la idea de conceder a los católicos la plenitud de los derechos que todo ciudadano reclama para sí: el llamar al diario católico con el nombre de patria quería anticiparse a los tiempos y poner los fundamentos de aquella operante participación de los católicos en la vida pública, de la que ahora, a cincuenta años de distancia, debemos de alegrarnos, y debemos dar humildemente gracias al Señor. Eran los tiempos en que bajo el nombre católico se ocultaba una sombra de desconfianza, y a veces de desprecio, como queriendo indicar la ineptitud del cristiano para las grandes tareas de preparar una mejor convivencia civil, una legislación más justa, un sentido más moderno de la responsabilidad individual y colectiva en el gobierno de los asuntos públicos. Permitidnos repetir una reciente confidencia que hicimos a un grupo juvenil de Acción Católica de vuestra archidiócesis: "Cuando pensamos en los recuerdos de Nuestra juventud de seminarista aquí en Roma —decíamos el primero de junio—, al comienzo del siglo XX, aún no somos capaces de sustraernos al sentimiento de amargura que nos causaba el sentirnos todos, clero y pueblo católico de Italia, apenas tolerados, como huéspedes, a quienes apenas se les permitía visitar la mansión de sus antepasados y deletrear a media voz el canto de la antigua fe" (*A la juventud femenina de Acción Católica de Milán*, 1 de junio de 1962). A pesar de las dificultades había algo que aún en aquellos tiempos se movía decididamente, pues "empezaban los católicos... a tomar las posiciones que conviene a un cristiano, por derecho de naturaleza y de vocación en la vida pública de su país" (*Ibidem*). Desde entonces *L'Italia*, vuestro diario, en laudable consonancia con los otros diarios católicos, ha interpretado los sentimientos de sus hermanos en la fe en este deber de lealtad en pro del servicio social a la propia patria. El camino de aquellos años, caracterizados por el continuo desarrollo de acontecimientos decisivos, era netamente señalado por la presencia cada vez más compacta de los católicos, que, tomando conciencia

de sus deberes, aportaron a la vida de su propio país una contribución de empeños, energías, sacrificios y también de sangre y de vidas humanas, ahora universalmente reconocido y respetado. Por este camino de leal servicio a la patria común, tan querida siempre por todos, de abierta cooperación, con nitidez de ideas y acción animosa, es por donde debe continuar vuestro trabajo. Siguiendo el surco trazado por vuestros beneméritos antecesores podréis contribuir inapreciablemente a la serenidad, a la concordia y a la prosperidad del orden patriótico y social. **Fundamental tarea de luz, presencia y unidad**². La tarea prefijada desde el alborear de estos cincuenta años de vida es digna de toda admiración y de todo esfuerzo: el que los católicos se ayuden a conocerse mejor y a unirse. Si ésta fue siempre vuestra divisa, con mayor razón debe continuar siéndola —deseamos repetirlo— en el momento presente. La rápida difusión de las noticias, las contradictorias posiciones de los instrumentos de la opinión pública, la creciente posibilidad cada vez mayor de la prensa y de los medios audiovisuales de formar y deformar las conciencias ponen al periodismo católico ante una constante tarea de esclarecimiento, iluminación y orientación. Los innumerables problemas de la vida requieren una oportuna intervención, que pueda dar de ellos la interpretación requerida por un único criterio válido de juicio: el de la verdad inmutable, al que el entendimiento humano debe adaptarse en su peregrinación por la tierra. Las continuas interrogantes sobre la actuación moral, en el campo político y social, exigen una voz que dé posibilidad al lector católico de hacerse una idea justa, de tener una mentalidad ilustrada, que juzgue y se determine según los dictámenes de la recta conciencia. Las falsificaciones de la verdad hechas con desconsiderada ligereza —por no decir otra cosa— hacen necesario esta tarea constante, que aporte la luz requerida a la realidad de los hechos, que ayude a comprender, a juzgarla apartarse de complicidades o compromisos. Las desorientaciones de una mentalidad siempre dispuesta —lo decimos con verdadero dolor— a subrayar con equívoca complacencia todo lo que divide y desconcierta, más que lo que tranquiliza y reconforta exigen una presencia que coopere sin vacilar a unir, a edificar, a comunicar la firme certidumbre del común patrimonio de la fe, poseído y profundizado. Esta constante disposición nos lleva a una fecunda unidad de pensamiento en las cosas sustanciales, defendiendo lo principal a toda costa, aun a costa de limar diferencias marginales, y a la contribución constructiva en la discusión de los puntos de litigio. Conocerse quiere decir amarse, estar unidos significa progresar y construir. Esta es la magnífica tarea a la que hoy más que nunca estáis llamados para realizar vuestra alta misión de periodistas en Italia. Os lo pide la familia de los católicos, tan numerosa, que a vosotros llega alegre por encontrar en su periódico la palabra que ilumina e infunde valor. Pero sobre todo es la Iglesia la que os lo pide en esta etapa prometedora de vuestro camino. Es el Papa el que os lo pide, el humilde Papa actual. Que no sin temblor, pero también con pronta decisión, escogió el nombre de Juan, dulce nombre, delicado, solemne, exigiendo y significando: amar siempre, amar a todos, amar en todas las circunstancias, aun cuando haya que condenar. (cf. *Discursos*, vol. I, pág. 3.) **Los preceptos del Divino Maestro: "Verdad y Caridad"**³. Finalmente, que este gran precepto del amor, ligado al apostolado de la verdad a toda costa, sea estímulo para el honor de vuestro diario. Sí, sí, "verdad y caridad". ¡Qué bello, qué noble, qué magnífico combatir bajo este doble estandarte las pacíficas batallas del reino de Dios! Hablando a los periodistas italianos el 4 de mayo de 1959 subrayamos este deber de verdad y caridad que es gloria y honor de toda alma recta: "Es deber de todo hombre, tanto más, por tanto, de todo cristiano, dar testimonio de verdad. De una manera especialmente particular vosotros, los periodistas, debéis, por conciencia profesional, ser incondicionales de la verdad, para que ella, con frecuencia conculcada y traicionada por los medios de información, pueda triunfar" (cf. *Discursos*, vol. I, pág. 304). ¿Y la caridad? Su puesto se encuentra en el vértice de toda ideología, de toda actitud, de todo escrito, porque ella edifica y consuela, suaviza las asperezas inevitables de las batallas diarias, presenta la verdad con su admirable luz que arrebató, quitándole la rigidez, que tal vez puede insinuarse en afirmaciones demasiado tajantes. *In dubiis libertas, in necessariis unitas, in omnibus caritas* (en la duda liberta, en lo preciso unidad, siempre caridad). El antiguo lema, lleno de sabiduría, está aún pleno de preciosas aplicaciones para el

periodista católico que quiere cumplir —y todos vosotros lo queréis— su trabajo diario como testimonio de verdad y caridad. ¡Que éste sea, ahora y siempre, el honor de vuestro periódico! ¡Que él infunda ardor en vuestros corazones y sea auspicio seguro de vuestras futuras conquistas! **Certeza y seguridad del bien supremo** Queridos hijos. En nuestros ojos, pero más aún en nuestro corazón, está siempre la visión que desde nuestra tierra deseábamos percibir en los tiempos pasados, durante el descanso de nuestros servicios a la Santa Sede, en Oriente, Francia, Venecia; Nos servía de delicioso descanso: El divisar desde las colinas bergamascas, sobre el horizonte lejano del campo lombardo, la silueta gloriosa y luminosa de la más alta torre del Duomo de Milán, verdaderamente encantadora en algunos atardeceres de otoño, y dirigir nuestro saludo a la imagen de oro de la Virgen bendita que desde allí protege a la querida tierra lombarda y a Italia entera En estos momentos confidenciales comprended la ternura de Nuestros sentimientos de buen augurio y de bendición. ¡Que la Madre de Cristo, nuestra Madre, contemplándola en este día entre los esplendores de la Trinidad Augusta, difunda los tesoros de su luz y de su gracia sobre la tierra feliz donde crecemos todos en la fe de nuestros padres y mantenga en todos nosotros el fervor del cristiano apostolado de la verdad y de la caridad, que hace del servicio de la prensa católica no solamente fuente de perenne alegría, sino también certeza de los bienes supremos. "Ahora y siempre." Con la certeza de la ayuda celestial, que no podrá faltarle, vuestro periódico reemprenderá más firme y conquistador para los nuevos triunfos del reino de Dios, en pro del honor de su santo nombre, en pro de la defensa de la Iglesia, en pro de la conquista espiritual del progreso humano y cristiano y del noble esplendor de la querida Italia. Estamos con vosotros con la misma benevolencia y esperanza con que vimos surgir el periódico *L'Italia* y seguimos su avanzado caminar, próximos a vosotros con la oración que pide para vosotros los dones del Cielo. Y para confirmaros en vuestro benemérito servicio en la causa de la verdad y de la caridad, por la edificación de una convivencia civil, más tranquila y acorde, deseamos derramar sobre todos los aquí presentes —antiguos y nuevos dirigentes, periodistas, redactores y empleados de *L'Italia*—, sobre vuestros parientes lejanos y sobre la amplia familia de los lectores, sobre las representaciones notables de los demás periódicos católicos de Italia, Nuestra fraternal y alentadora Bendición Apostólica, augurándoos toda clase de frutos y

consolaciones.

* AAS 54 (1962) 461; *Discorsi Messaggi Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, vol. IV, pp. 369-376. Copyright © Libreria Editrice Vaticana